

La persistencia del XVIII en el primer romanticismo: Donoso Cortés. 1829-1830.

La España que despega en 1834, estrenando régimen político y afianzando nuevas estéticas, debió mucho en lo constitucional y en lo literario a los hombres que volvieron del exilio europeo, pero más quizá a aquellos otros que se formaron y se forjaron en los últimos años del reinado de Fernando VII. Probablemente porque la ominosa década al desear callar a la nueva derecha que se estaba formando y al mantener como objetivo primordial un orden social vaciado de sus contenidos ideológicos no se preocupó de tapar radicalmente la lógica ebullición cultural que seguiría al Trienio Liberal. Además muchos de aquellos políticos y literatos que formaron la médula del decenio, regentado por María Cristina y Espartero, nacieron en aquellos años en que España se quedó sin rey. Y no es fácil, por desacostumbrado y anormal, la situación de una nación sin ejecutivo ministerial y, casi diríamos, sin estado después de siglos de unidad, y de unidad imperial. De 1800 a 1814 los españoles tuvieron que improvisar las estructuras nacionales y las instituciones desaparecidas con la marcha obligada de la familia real a Bayona. El vacío creado tuvo, es obvio, que repercutir en la clase cultural produciendo inseguridades y vaivenes ideológicos. El mundo de los valores, incluidos los estéticos, perdió su bariocentro natural adquirido normalmente con el fluir histórico de la empresa común de cada nación. Como ha escrito Díez del Corral: "Generalmente no se destaca bastante el hecho de que el pueblo español se sublevó contra su invasor legitimado formalmente por el anterior soberano, cuya corona había venido a pasar por una serie de cesiones a las sienes de José Bonaparte. Es, en definitiva, el español un levantamiento frente al principio monárquico formalmente entendido. No es ésta una cuestión meramente académica: la ausencia efectiva del rey y su renuncia al trono privaron de su clave el edificio monárquico español y de golpe se vino abajo" (1). En este contexto se comprende el apelativo popular de rey deseado, piropeando así la presunta eficacia de Fernando VII, y se entiende también que esas generaciones de intelectuales que fructificaron después de 1834 arrancasen culturalmente de una encrucijada de influencias filosóficas, políticas y estéticas consecuente con la situación de tránsito constitucional y de rehacimiento de un estado en la reconquista de su identidad

nacional. Con razón escribe D. Negro Pavón que "el pensamiento político del siglo XIX —y la cultura en general, añadimos nosotros— acusa en sus contradicciones y con su vaguedad, debidas unas y otras a su estricta vinculación a los vaivenes políticos, el desconcierto íntimo de aquellas generaciones" (2).

Pues bien, el mismo 1808 fue el año de nacimiento de Ros de Olano, Antonio de los Ríos Rosas, Joaquín Francisco Pacheco y el extremeño Espronceda. Un año antes y otro después, respectivamente y de la misma región (3), sería el de Bravo Murillo y el de Donoso Cortés (4). El 1809 vio también la cuna de Larra; el siguiente la de Balmés y 1811 la de Nicomedes Pastor Díaz, González Bravo, etc. La lista resulta interminable e innecesaria en este momento (5). Esta generación que podríamos más bien calificar de 1934 tuvo el embrión más importante en la tertulia de El Parnasillo, que empezó a reunirse en Madrid en el café del Príncipe allá por 1830-1831. El núcleo fundador estaba compuesto por Grimaldi, Bretón de los Herreros, Estébanez Calderón y el informador Mesonero Romanos. Asistieron enseguida Espronceda, Escosura, etc., y poco más tarde, además de García Gutiérrez, Zorrilla, Campoamor, Hartzenbush y dos amigos provenientes, como otros, de provincia: Pacheco y Donoso Cortés (6). Puede ser, siguiendo las biografías personales, que la memoria de Mesonero Romanos haya fallado en alguna ocasión. Pero como apunta Suárez Verdaguer es muy verosímil la asistencia de Donoso "puesto que su *Memoria sobre la Monarquía*, dirigida al rey, está fechada en octubre de 1832, y consta que estaba en Madrid con suficiente antelación a los sucesos de La Granja de septiembre como para poder haber estado en contacto con los liberales y tener participación en ellos" (7).

Algunos de estos escritores políticos —o de políticos escritores— provenían a su vez de otra tertulia formábase algunos años antes, poco después del Trienio Liberal, en la capital de Andalucía. En efecto, en la Facultad de Derecho de Sevilla coincidieron entre 1823 y 1828 Pacheco, Ulloa, Claros, Gallardo (8), Sotelo y Cívico (9), además entre otros, de Bravo Murillo y de los hermanos Pedro y Juan Donoso Cortés. Allí fundaron una Academia literaria que sirvió para una intensa comunicación de ideas políticas, filosóficas y sobre todo estético-literarias como responde a los escritos de aquel período (10) y a la información que nos da su amigo Pacheco (11), años más tarde, acerca del traslado a Sevilla por motivos políticos; es decir, por simpatizar con el liberalismo. Aunque en realidad el joven extremeño provenía del Instituto de Cáceres, es verdad que poco

antes había estudiado en Salamanca, centro, como se sabe, entre los más progresistas de la época. Pero, además, no podemos olvidar que la nueva Academia literaria fundada por esos jóvenes seguía en parte las trazas de aquella magnífica tertulia literaria que años antes se había agrupado en torno a Alberto Lista y a la que asistieron también Reinoso, Blanco Arjona, etc. "Escriben poesías románticas de amor —se conservan algunas en el archivo de los Donoso— y practican —como escribe C. Valverde— los consejos del maestro Quintana e imitan sus robustas silvas, de amplias y arrogantes cláusulas oratorias. No estaban los tiempos para hacer propaganda de ideas liberales, pero nada impedía ensalzar en sus versos, con gusto muy de la época romántica, a los campeones de las libertades patrias. Con deformada perspectiva histórica, se creía entonces que los comuneros de Castilla habían sido tales, y el joven Donoso escribe una tragedia en verso sobre Padilla. Quintana había escrito y publicado en 1808 una oda a Juan Padilla" (12).

La presencia de Quintana le vino a Donoso por el camino de la amistad y por el de la participación y simpatía por circunstancias afines. Pues al final del primer curso en la universidad Hispalense va a pasar el verano en Cabeza del Buey, pueblo extremeño relativamente cercano al suyo natal de Don Benito, para disfrutar del magisterio y de la compañía de Quintana, amigo, parece ser, de su padre y exiliado voluntario en la siberia extremeña durante las vísperas de la restauración absolutista de 1823. Y, en efecto, aquellos pocos meses resultaron fecundos para el joven Donoso que pudo satisfacer inquietudes políticas y literarias con el reconocido prohombre del liberalismo y de las poéticas a las maneras de Menéndez Valdés y Álvarez Cienfuegos.

La compañía de Quintana le descubrió la encarnación del liberalismo antifrancés, por lo general muy moderado hasta llegar a la tibieza, por falta a veces de nitidez entre la adversión al invasor galo y la aceptación de las ideas de 1789. Así la inequívoca toma de posesión a favor de los sublevados el 2 de mayo de 1808 se mezcla con una curiosa reticencia respecto a Fernando VII. El anhelo de buenas constituciones, único medio político para la salvación de las naciones, se entrecruza con la participación en la creación del mito del deseado. El resultado de tan difíciles ensamblajes fue un escepticismo que favoreció en el futuro próximo el liberalismo doctrinario y el moderantismo indeciso. También en las indicaciones sobre el camino a elegir entre las danzantes poéticas debió de ser Quintana determinante para Donoso pues, no obstante, algunas composi-

ciones de tendencia, al menos aparentemente, romántica, sus gustos estéticos son claramente neoclásicos. Desde el punto de vista estético, si Quintana influyó en Donoso influiría neoclásicamente. Pues en "su canon —como escribe Hans Juretschke— figuran en los puestos de honor Corneille, Racine y Voltaire, éste último muy señaladamente por sus tragedias histórico-políticas, como la *Zaira*, la *Aleira* y el *Tancredo*. (...). En el sector español aprecia debidamente todos los intentos hechos sobre la base de Luzán, cuyo valor encomía en todo momento (13).

Lista, por su parte, se sintió siempre poética y afectivamente unido a la escuela sevillana que, como escribe Alborg, refleja aún más que la salmantina las inquietudes de la época desde un punto de vista ideológico-político (14). Desde el poético el rechazo de Schlegel lo sitúa sin titubeos en la época que llamamos neoclásica, uniéndolo, sin embargo, a aquel grupo de Moratín, Quintana y Martínez de la Rosa, en el caminar hacia el romanticismo por haber comprendido el peso del historicismo y la relatividad cambiante de doctrinas e ideas. "En todos ellos —afirma Juretschke— cabe recoger estas dudas, concesiones e infracciones: y en la práctica se hizo inventando la categoría del "prerromanticismo" hacia fines del siglo XIX (...). Por legítimo o problemático que sea este procedimiento su posibilidad no debe inducirnos a olvidar, sin embargo, que en su conjunto el peso ideológico hace gravitar a estos hombres hacia el neoclasicismo, que éste es el elemento en que viven y se mueven" (15).

A Lista lo volvería a encontrar Donoso en los inicios de la década de los treinta en Madrid; concretamente en la tertulia de Quintana y en la que abriría el impulsivo extremeño por aquellos días en la calle de Atocha. Precisamente sería Quintana quien le recomendaría con una expansiva carta a Agustín Durán para que le introdujese en Madrid, una vez finalizados sus estudios en Sevilla: "su afición principal son la poesía, la filosofía y las letras, y yo me persuado que Ud. tendrá gusto en conocer y tratar a un sujeto que en los pocos años que cuenta reúne a un talento nada común una instrucción y una fuerza de razón y de discurso todavía más raros. Es didáctico y controversista como Ud" (16). Y realmente así era. A. Durán, estudiado entre otros por E. Caldera (17), M. T. Cattaneo y Gies, había sido como Donoso, amigo y alumno de Lista. Aunque bien pronto volviese a sus gustos por la vieja poesía popular española y pueda ser incluido entre los primeros escritores de la nueva moda literaria pasa a la historia como un ejemplo de la literatura entre siglos, con devaneos por clásicos y románticos, y dentro plenamente de esa corriente de liberalismo moderado

y españolamente armónico que inicia en el doceanismo y se enriquece, no obstante titubeos y contradicciones, durante la ominosa década. "Partidario del pluralismo estético como Herder y A. W. Schelgel, se distancia de él, empero, para expresar su admiración ilimitada por Racine, Moliere, de acuerdo con madame de Stael, basándose para ello en los escritos de Sismondi, que conocía perfectamente (18).

La tertulia de Quintana brindó a Donoso la oportunidad de conocer a otro de sus amigos: Nicomedes Pastor Díaz, que se había establecido en Madrid en 1832, "participando —como escribe R. Navas Ruiz— en todas las actividades románticas (...). Alma gallega, obsesionada por la muerte, la soledad y el paisaje brumoso de su tierra, se adelantó, con Gil Carrasco, a la intimidad desgarrada y saudadora del Becquer y Rosalía de Castro. Fue muy estimado y aún imitado por sus contemporáneos: de su poema *Mi inspiración* (1828) deriva Zorrilla a su idea de la misión del poeta y la concepción de éste como desterrado en el mundo" (19). Gracias a este romántico gallego sabemos que Juan Donoso Cortés escribió en 1833 el poema *El cerco de Zamora*. Nos recuerda la *Oda* a María Cristina, siguiendo el modo de Quintana, la *Elegía* a la marquesa de Frías, los dos actos de la tragedia *Padilla*, añadiendo que "muchos versos escribió entonces el señor Donoso Cortés; desgraciadamente los más se han perdido y sólo queda de ellos en la memoria de sus amigos un recuerdo confuso" (20). Incluso Pacheco elogiaba tanto las aptitudes poéticas de Donoso que llegó a decir de su amigo que de haberse dedicado a la literatura se hubiera convertido en un jefe de escuela. Sin aceptar proyectos tan ambiciosamente estéticos para un verdadero ideólogo de la política, cual fue Donoso Cortés, recogemos la interesante noticia del historiador Federico Suárez cuando escribe que "hubo una edición de las poesías de Donoso (que no he podido encontrar) pues en carta a Ríos Rosas desde París, el 18 de noviembre de 1842, escribió "haga Ud. el favor de decir a Pastor Díaz que me remita por la estafeta un ejemplar de buen papel de mis poesías para hacer aquí un regalo de año nuevo; le quiero en rústica para encuadernarlo a mi gusto" (21).

Lista, Quintana, Pacheco, Durán y Pastor Díaz son las coordenadas españolas del jovencísimo Donoso. Encarnación típica del momento histórico se mueve en esas generaciones del primer liberalismo romántico español donde no es tan fácil trazar las fronteras entre el clásico y el moderno, entre la literatura y la política. Son tiempos nunca mejor dicho, de transición, de recíproca influencia entre la literatura y la filosofía.

Mejor aún sería decir de superposición entre el intento de interpretación de dos visiones del mundo diferente y la necesidad de adecuación a las complejas circunstancias de aquellos años. Por eso, mientras que el liberalismo se abre camino, el idealismo se prepara para ganar la batalla filosófica y la nueva moda literaria termina por triunfar, existe en la élite intelectual del último quinquenio del reinado de Fernando VII incertidumbre, contraposiciones, entrecruces, vaivenes en la política y en la cultura. En tal contexto se comprende que el empirismo, y el empirismo moderado, perfilado y adaptado a las circunstancias sea la filosofía reinante. Es ahora cuando el escolasticismo, perdido ya el vigor alcanzado en la Universidad de Cervera (22) y no habiéndose rejuvenecido aún con el neotomismo de los años 50 (23), que el pensamiento español se mueve en un sensismo despropulsado y de circunstancia (24), sin más novedad que el tradicionalismo (25) importado de Francia y en pugna con las otras tendencias de la filosofía cristiana para afirmar especialmente una gnoseología y ontología antirrevolucionarias. Para Donoso la filosofía de De Bonald era entonces lejana. A un joven culto y moderadamente progresista no podía satisfacerle ni la ideología de la reacción venida del país vecino, ni las viejas escuelas desgastadas de una escolástica que aún no se había remozado con la física y la psicología modernas.

Las últimas *Obras Completas* de Donoso Cortés, las editadas por la B. A. C. e introducidas y anotadas por Carlos Valverde, se abren con dos cartas a Manuel Gallardo, conocido en el último período de su estancia en Sevilla. En ella recuerda al grupo de amigos que formaron la última tertulia de Donoso en la ciudad del Guadalquivir. Amigos de provincias, ahora en la capital del reino, y gestadores con él de aquel cambio que se estaba preparando. Dice de haber escrito en precedencia a Sotelo, a Pacheco, a Cívico y a Claros. A éste último —escribe el joven Donoso el 29 de julio de 1829— "trato de imbuirle en mis ideas de independencia filosófica, diciéndole que, cuando no hay independencia de razón no hay razón; que estudiar a Tracy no es estudiar metafísica, porque estudiar un autor no es estudiar una ciencia. Para estudiarla es preciso empezar por Platón, Aristóteles y Epicuro, y continuar con los filósofos alemanes, no olvidándose de estudiar en medio a Bacon, que adivinó las filosofías de las sensaciones; a Locke, que la sistematizó; a Condillac, que la hizo popular en Europa, y a Tracy, que la ha redactado con un método riguroso y un análisis profundo; lo demás es ver el mundo por un agujero". Un poco más adelante, después de recalcar su distanciamiento del sensismo del católico

José Reinoso y de los "sofismas" de De Bonald confirma, que el sistema más duro es el de Tracy. Sin embargo, el jovencísimo Donoso —recordamos que tiene tan sólo veinte años, y una más que probable indigestión de lecturas— no siente la seguridad de haber hallado aún la cosmovisión adecuada. Pues aunque el sistema de Tracy sea el mal menor "es preciso conceder —escribe Donoso— que tiene un carácter de falsedad e insuficiencia, porque, siendo su objeto explicar la genealogía de nuestras ideas y el sistema de nuestras facultades intelectuales, todo en él es fijo, cuando todo en el hombre es vago, él parece decir al hombre: "No hay más allá" y éste, impedido por una fatalidad, la mayor de todas las fatalidades humanas, se halla lanzado más allá de la meta trazada por el compás ideológico y, no hallando apoyo en él, se pierde en sus abstracciones". "Yo, —escribe Donoso— sin desechar las grandes verdades que contiene, siendo los principios que le faltan y, no teniendo fuerzas suficientes para elevarme a su conocimiento, me reposo en un modesto escepticismo y descanso con mi pequeñez" (26).

Pocos meses después la generosa simpatía de Quintana por Donoso se concretó al ofrecerle la cátedra de Estética y Literatura del colegio de Cáceres. El puesto, en la pequeña capital extremeña, no podía ser el colmo de las ambiciones para un joven de buena familia y con ganas de hacer carrera. Sin embargo Donoso aceptó, y aceptó pronunciar el discurso de inauguración del año académico 1829-1830. Para Navas Ruiz la conferencia fue importante "porque contiene numerosas ideas sobre el romanticismo. Frente al nacionalismo de Durán, a quien cita con elogio y admiración, Donoso Cortés asume una actitud europeísta, liberal, derivada asimismo de Schelgel. El romanticismo tiene su origen, según él, en la historia europea tal como la condicionaron los germanos y el cristianismo y los tormentos espirituales del hombre moderno. Es la genuina cultura de Europa" (27). De muy distinto parecer es, en cambio, Vicente Llorens quien juzga el mismo discurso "de tan escaso valor (...) que no hay por qué detenerse a examinarlo. Sobresale por lo desmesurado, sus ideas proceden de Durán (...) y el cuadro literario que presenta, sin el menor criterio romántico, no puede ser más incongruente ni confuso" (28).

Sin embargo si estas páginas han servido para seguir el hilo biográfico y formativo-cultural de Donoso podemos más que insinuar que el romanticismo no había adquirido en 1829 la madurez decisional para ser calificado de europeísta y schlegeliano. Además el magisterio de Lista y Quintana le tenían respetuosamente ligado al siglo XVIII. Pero de lo que

sí estamos seguros es de la importancia de este primer escrito en prosa de Donoso Cortés, transcripción del citado Discurso de Cáceres, dentro del contexto cultural de aquellos años. Pues si su formación había echado raíces en el siglo de la ilustración, las amistades estrechadas en Sevilla y Madrid entre 1823 y 1833 y la actitud, podríamos decir, de vanguardia cultural de Donoso lo sitúan en el centro, y en el centro de prestigio, como demuestran comentarios y memorias de sus coetáneos y futuros líderes del romanticismo de la década de los 30. En cambio de lo que sí cabe acusar al Donoso veinteañero es de balbuceo y de ambigüedad propias de la edad y de aquella época. Por ello, ni siquiera sería adecuado el prudente y decoroso juicio de E. Allison Peers al calificarle de "teórico del eclecticismo" (29).

Concretamos y terminamos diciendo que el Donoso de sus primeros escritos (1829-30) ha conocido casi todo lo que en España se podía conocer de romanticismo inglés, francés, y alemán; de este último naturalmente a través de las traducciones galas. En el *Discurso* hay expresiones y conceptos que son típicos y tópicos del romanticismo; la admiración por la Edad Media y por los valores estético-unitarios del cristianismo, por el historicismo, por las revoluciones. Quizá haya sido este elemento el más nuevo en el panorama de aquellos años y en los propios escritos de Donoso. La evolución sin límites de las luces, su progresismo racionalista deja, en esta ocasión, paso a la violencia de elementos alteradores del fluir lento y acompasado de los tiempos. "Lanzados los bárbaros del norte del seno de la naturaleza al seno de la sociedad no por la marcha progresiva de los siglos, sino por el ímpetu violento de las revoluciones, unieron las maneras de la civilización con el carácter de la barbarie, y se vieron (...) reunidos en uno el hombre de la Naturaleza y el hombre de la sociedad" (30). Pero es verdad también que las revoluciones forman, en el fondo, parte del poder establecido por el cosmos para la historia del hombre, pues "la revolución que precipitó al Imperio romano en su ruina ha sido necesaria para los progresos de la sociedad. La barbarie suspendió por algunos momentos la marcha del saber; pero la existencia de un pueblo envilecido la hubiera sofocado para siempre" (31).

En la misma línea ataca la poesía griega, la de imitación de la Naturaleza. Explica la literatura como expresión distinta de diferentes pueblos y edades. El perfeccionamiento de la civilización como el de las poéticas procede como en el idealismo romántico por contradicciones. "Si el hombre, escribe Donoso, goza en los contrastes, es porque ellos le

ponen en movimiento, sacudiéndole con toda su energía en medio de la inercia que le oprime" (32). Acusa en bloque a los escolásticos porque han enseñado que la Naturaleza es una en todos los tiempos y la poesía es el arte de imitarla (33). Ensalza a Walter Scott, a Byron, a la baronesa de Stael y a Schiller. Entre los españoles tiene las mejores palabras para Quintana y Durán. En fin, toca incluso el tema de la exaltación regional cuando pomposamente, y dirigido al auditorio de cacereños, concluye que ya no tenían por qué mendigar de la piedad extranjera la llama que debe encender vuestro talento; ya los hijos afortunados del Tormes y del Betis no mirarán con una mirada desdeñosa a los hijos incultos del Guadiana" (34). Sin embargo toda esta expresividad, nacida al contacto de las amistades, de las lecturas y de la moda romántica, convive con alabanzas y encomios al siglo de las luces: "Racine, imitando a Sófocles y a Eurípides, logró exceder a sus modelos; Moliere excedió en la comedia clásica a todos los clásicos griegos y latinos, y La Fontaine, revistiendo el apólogo con las suaves tintas de su candor y su naturalidad, se presentó al mundo literario revestido al mismo tiempo con una delicadeza y elegancia desconocidas hasta entonces" (35). "Jamás ningún siglo miró filósofos tan profundos ni tan célebres artistas."

Para nosotros son en estos piropos hacia el siglo XVIII, no obstante las apariencias, donde se trasluce mejor la formación del Donoso Cortés de 1829. Los límites impuestos a la Ilustración se justifican en el ambiente de sus amigos: liberales convencidos, pero necesitados de justificar el odio de los españoles hacia la invasión napoleónica, asociada y equiparada popularmente con la revolución francesa. Sólo en este contexto se entiende la ambivalencia positiva y negativa del siglo XVIII. Sólo así se explican, creemos, las lodes para el siglo y los ataques para la Francia de un admirador sincero de la fuerza de la cultura gala. Incluso en la entonces inmadura filosofía de la historia de Donoso, las cruzadas se justifican en función del siglo de la razón y de la unidad, porque el deseo de ilustrarse es un paso para la Ilustración. En suma, se comprende en la historia de parte de este liberalismo hispánico (36), que afirmando la conquista y la irreversibilidad del nuevo régimen, quiere explicarlo, para no justificar a Napoleón, como evolución interior del despotismo ilustrado. De aquí la presunta contradicción del *Discurso* de Cáceres: la defensa del principio general de las revoluciones como explicación determinante de la historia y el juicio para la galería, en la España medrosa de Fernando VII, cuando exclama que el siglo XVIII habría sido el siglo de la perfección si no

hubiera recibido en su proceso ascendente la influencia contraria de 1879.

Y si alguna duda pueda quedar ante el estilo del *Discurso* nos remitimos de nuevo a Juretschke cuando aclara que hasta "los partidarios del arte nuevo que se iba a llamar romanticismo habían sido todos discípulos de una sociedad que apreciaba y enseñaba sistemáticamente la retórica y que no renegaba de ella en sus propios pronunciamientos" (37).

LUIS DE LLERA

Università di Trento

NOTAS

- (1) *El liberalismo doctrinario*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956 (2), pp. 425-426.
- (2) *El pensamiento político* en el vol. XXXV de la *Historia de España. La época del Romanticismo*. Madrid, Espasa Calpe, p. 533.
- (3) Entre las muchas teorías que ayudan a encuadrar la rica personalidad de Donoso Cortés habría que tener presente la de sus orígenes regionales. Ver: F. Elías de Tejada Spínola, *Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, Cáceres, 1949.
- (4) Este trabajo quiere seguir en la línea interpretativa del autor de presente en *El pensamiento español (1833-68)* (en *Historia General de España y América*, vol. XIV, Madrid, Rialp, 1983); *La fortuna di Donoso Cortés in Italia*, "Rivista di Filosofia neo-scolastica", 1983, fasc. 4, pp. 643-676; *Filosofía romántica y lenguaje; aspectos contradictorios*, in *Atti del III congresso sul Romanticismo spagnolo e ispanoamericano. II linquaquiu romantico*, tenutosi a Genova i giorni 12-14 aprile 1984, Génova, E.R.G.A., 1984, pp. 47-56; y últimamente, en la voz *Donoso Cortés* de la *Gran Enciclopedia Extremeña*, vol. III, Badajoz, 1990.
- (5) Para mayor comodidad remitimos al vol. de F. Suárez Verdaguer, *Donoso y la fundación de El Heraldo y El Sol*, Pamplona, Eunsa, 1985, pp. 22-23.
- (6) R. Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, vol. V de *Obras de Don Ramón de Mesonero Romanos*, Ed. de Carlos Seco Serrano, Madrid, B.A.E., 1967.
- (7) F. Suárez, ob. cit., p. 26.
- (8) Como informa E. Scharamm, *Donoso Cortés, su vida y su pensamiento* (trad. del alemán de R. de la Serena), Madrid, Espasa Calpe, 1936, p. 334.
- (9) Según Suárez, siguiendo a Eugenio de Ochoa (*Apuntes para una bibliografía de autores españoles*, París, 1840), en ob. cit., p. 24.
- (10) *Crítica a una décimas* (1828), *Oda a la venida de María Cristina* (1829), *Elegía* (1830) a la muerte de la duquesa de Frías, que formaba parte de la *Corona fúnebre* con otros poemas de Lista, Quintana y Martínez de la Rosa.
- (11) F. Pacheco, *Literatura, historia, política*, t. 2, Madrid, 1864, p. 224.
- (12) *Introducción general* a *Obras completas* de Donoso Cortés, Madrid, B.A.C., 1970, p. 35.
- (13) Cfr.: *El problema de los orígenes del romanticismo español* en el vol. XXXV de la *Historia de España. La época del Romanticismo (1808-1874)*, ob. cit., p. 26.
- (14) Cfr.: J. L. Alborg, *Historia de la literatura española*, vol. III, Madrid, Gredos, 1978, p. 490 y ss.
- (15) Cfr.: *El problema de los orígenes del romanticismo español*, ob. cit., p. 20 y del mismo autor, *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid, C.S.I.C., 1951, pp. 50-83.
- (16) Ver la transcripción de Schramm, *Donoso Cortés, su vida y su pensamiento*, ob. cit., p. 40-41.
- (17) Cfr.: *Primi manifesti del romanticismo spagnolo*, Pisa, Università, 1962.
- (18) Hans Juretschke, *El problema de los orígenes del romanticismo español*, ob., cit., pp. 76-77.

- (19) *El romanticismo español. Historia y crítica*, Salamanca, Anaya 1973, p. 295.
- (20) Pastor Díaz, N. y AA. VV., *Galería de españoles célebres contemporáneos*, Madrid, Sachiz, 1841-6, vol. VI (de un total de 9), p. 234 y ss.
- (21) *Donoso Cortés y la fundación de El Heraldo y El Sol*, ob. cit., p. 29 (en NOTA).
- (22) A. Jiménez, *Historia de la Universidad española*, Madrid, Alianza, 1971, p. 290 y ss.
- (23) L. de Llera, *Excursus por la escolástica española del siglo XIX*, Rivista de filosofía neo-scolástica", 1981, fasc. 2, pp. 300-340.
- (24) G. Fraile, *Historia de la filosofía española*, Madrid, B.A.C., 1972, pp. 52-90.
- (25) Cfr.: J. M. Alsina Roca, *El tradicionalismo filosófico en España*, Barcelona, Promociones Publicaciones Universitas, 1985.
- (26) *Obras completas*, ob. cit., vol. I, pp. 172-173.
- (27) *El romanticismo español*, ob., cit., p. 44.
- (28) *El romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1979, pp. 209-210.
- (29) *Historia del movimiento romántico español*, vol. II, Madrid, Gredos, 1973, p. 151.
- (30) *Discurso de apertura en Cáceres en Obras Completas*, B.A.C., ob. cit., p. 185.
- (31) *Ibidem...*, p. 184.
- (32) *Ibidem...*, p. 193.
- (33) *Ibidem...*, p. 191.
- (34) *Ibidem...*, p. 205.
- (35) *Ibidem...*, p. 200.
- (36) Cfr.: Dalmacio Negro, *El Liberalismo en España*, Madrid, Unión Editorial, 1988.
- (37) *Historia de España*, de Menéndez y Pidal, vol. XXXV, ob., cit., p. 5.